

¿Por qué y para qué la formación humanista en la educación superior?

Noé Héctor Esquivel Estrada*

Recepción: septiembre 9 de 2002

Aceptación: marzo 17 de 2003

* Investigador del Centro de Estudios de la Universidad, CEU, Universidad Autónoma del Estado de México.

Correo electrónico: nee@uaemex.mx

La salud mental y la supervivencia de la civilización exigen que renazca el espíritu de la Ilustración, un espíritu inflexiblemente crítico y realista, pero liberado de sus prejuicios excesivamente optimistas y racionalistas, y que a la vez se reaviven los valores humanistas, no proclamados, sino practicados en la vida personal y en la vida social.

E. Fromm

Resumen. Se hacen algunos planteamientos sobre la *educación*, con preferencia a la educación superior, y en especial a la universidad; se plantea la necesidad de pensar hoy en la *formación humanista* en el interior de la universidad, y finalmente se reflexiona sobre la *posibilidad o imposibilidad* de su aplicación en el campo de la educación.

Palabras clave: educación, formación humanista, ética, universidad, aplicación práctica.

The “Why and Wherefore” of Humanistic Development in Higher Education

Abstract. This work seeks to express some ideas about education, especially higher education and in particular the university; the need to reflect on humanistic development within the university; and the possibility or impossibility of its application in the field of education.

Key words: education, humanistic development, ethics, university, practical application.

Introducción

Los objetivos que me he propuesto abordar en este trabajo son formular algunos planteamientos acerca de a) la *educación* que, preferentemente, sean aplicables a la educación superior, en especial a la universidad; b) la necesidad de pensar hoy en la *formación humanista* al interior de la universidad, y c) la *posibili-*

dad o imposibilidad de su aplicación en el ámbito educativo.

Con respecto al primer punto –en razón de la delimitación del objeto propio de estudio: la *educación universitaria*– se excluye el abordaje diferencial entre la educación formal y la informal. Sin embargo, el recurso a sus raíces terminológicas nos da la oportunidad de proponer nuestras propias reflexiones con-

siderando a la educación como modo de *ser y vivir*, pues ambas significaciones etimológicas tienen que ver con el ser y el vivir. Educar viene del latín *educare* que significa criar, cuidar, alimentar. Para el propósito que nos ocupa el sentido más apropiado es *educar física y moralmente*. Razón por la que podemos aplicar perfectamente los sentidos de *hacer crecer y nutrir* a ambos as-

pectos. El otro término latino *educere* significa conducir, que también tiene que ver con los aspectos físico y moral. En fin, intentaremos que nuestras ideas se circunscriban a este sentido de educación.

En el segundo apartado se plantea la cuestión de ¿por qué y para qué el humanismo? Si logramos dar respuesta a la pregunta, entonces creemos que hemos satisfecho nuestras expectativas. Juzgamos, de entrada, que el tratamiento de tal cuestión requiere finura intelectual. Pues no se trata sólo de abordar teórica o conceptualmente la naturaleza del humanismo, sino centrar la mirada en nosotros mismos. Sólo que este *vernos* se ha de llevar a cabo mediante un análisis verdaderamente crítico. Ello nos permitirá reconocernos como somos y abrírnos expectativas de cambio.

El tercer inciso, no menos importante, busca orientar la reflexión sobre la educación humanista en el campo universitario, todo ello bajo la convicción de que un trabajo compartido facilita su aplicación. Si esta labor se encausa, principalmente, a la formación de profesores y estudiantes, ciertamente, germinarán vocaciones humanistas.

1. ¿Qué es educar?

La primera pregunta irrenunciable que hemos de plantearnos si queremos abordar el tema de la educación es ¿qué es ella y qué compromiso conlleva educar? Indudablemente que el tema, por su misma naturaleza, nos exige una precisa delimitación. Es decir, no podemos hablar de la educación en general, por la amplitud de la misma, lo que nos llevaría a consideraciones sumamente generales e imprecisas. Por ello, en este ensayo pretendo circunscribirla a la educación superior y, más concretamente a la educación universitaria.

Según la acepción que asignemos a la educación así nos comportaremos

Educación tiene una pluralidad de sentidos que tienen que ver con la vida, con el pensamiento, con la cultura, con el quehacer y, finalmente, con el ser.

con ella. Pretender acceder a la educación conlleva un gran riesgo: darnos cuenta que no sabemos qué cosa es y, consecuentemente, no saber qué cosa somos.

Educación no es un término unívoco, rebasa ese concepto. Educación tiene una pluralidad de sentidos que tienen que ver con la vida, con el pensamiento, con la cultura, con el quehacer y, finalmente, con el ser. Así, educación y ser son términos coimplicados. Podemos decir que se educa para ser y se es en tanto se es educado. Por eso cuando descubramos qué significa educación estaremos capacitados para pensar, sentir y actuar; nos estaremos dando capacidad de ser. Involucrado en este proceso, el hombre se vuelve observador y autocrítico. Con ello obtiene un buen conocimiento de sí mismo, se relaciona de una manera adecuada con el otro, con la naturaleza y con las herramientas que él mismo produce.

Entendida la educación en este sentido, nos damos cuenta de que educación no es empresa fácil; pues, con ello nos estamos refiriendo a la educación como proceso integral, cuyo objetivo es formar al hombre en tanto que hombre, lo que unas líneas antes llamé: educación para ser. Werner Jaeger, en su obra extraordinaria *Paideia*, uniendo estos aspectos, nos dice:

La educación no es posible sin que se ofrezca al espíritu una imagen del hom-

bre tal como debe ser. En ella la utilidad es indiferente o, por lo menos, no es esencial. Lo fundamental en ella es *kalon*, es decir, la belleza, en el sentido normativo de la imagen, imagen anhelada, del ideal (Jaeger, 1987: 19).

El autor no menosprecia el orden práctico, de lo inmediato, sino lo jerarquiza al conceder un lugar prioritario a los valores supremos del hombre, tales como la libertad, la creatividad, el amor, etcétera. Para quienes lo utilitario se constituye en el valor primario, impera en ellos el instinto de 'vivir' y 'ser felices', determinados por una actitud egoísta. Su vida y felicidad se agota en el quehacer con fines prácticos. En cambio, para quienes el mundo debe construirse y reinventarse continuamente, la ley que los rige es la del verdadero y auténtico amor. En el caso primero, el hombre es un sujeto sin decisión; en el segundo, el hombre compromete su acción y su vida, podemos decir que se juega su destino. Ahora agregó que de acuerdo a como sea nuestro *ser*, así será nuestro *vivir*: Viviremos de acuerdo a como somos. Educación, ser y vivir son, así, términos interrelacionados. Se educa para ser y se vive de acuerdo a como se es.

Sin embargo, educación, ser y vivir no son cuestiones que puedan ser vistas, pensadas y analizadas al margen de las condiciones sociales, económicas y políticas propias de nuestras circunstancias históricas. Con Ortega y Gasset tendríamos que decir que el hombre es él y sus circunstancias, entendiendo por circunstancias todas las condiciones que conforman el ser del hombre. Y, en razón de estas circunstancias, descubrimos la necesidad de un enfoque totalmente nuevo respecto a los postulados de la educación. No se trata de salvar o justificar un sistema educacional; lo que se pretende es salvar nuestro ser que se está perdiendo por falta



de educación. Por lo que la tarea es ardua y difícil. El objetivo consiste en reconstruir nuestro ser y esto sólo es posible mediante un proceso absolutamente nuevo de educación. Caemos en la cuenta de que con ello arribamos al concepto de educar para ser y para vivir.

No es posible construir dicho proceso educativo mediante concepciones o mentalidades herméticas, antes bien requiere de mentes abiertas y creativas, capaces de crearse y recrearse a sí mismas. En estos términos, el educar no se lleva con el o los métodos establecidos, éstos han pasado a ser vestigios de la historia. En lo referente a la educación no podemos ser repetitivos; la inteligencia humana es creadora y transformadora. No se pretende anular el pasado, lo que se busca es revitalizarlo anulando la mecanización. Vista la educación en estos términos hemos de sostener que se trata de un *arte*, pues, así como todo arte exige la creatividad, de igual manera lo requiere la educación. Arte que exige del hombre formación en la inteligencia, libertad y voluntad. Arte que despierta en el ser humano esa capacidad creadora y generadora de un nuevo orden natural y social. Arte del pensar y del vivir. Arte de formar al hombre moralmente. Arte impulsor de un proyecto vital. Por todo ello es importante, en nuestra misión, recuperar el sentido esencial de la educación como formación humana y como derecho fundamental que tiene todo ser humano de realizarse plenamente en la vida, en lo individual y en lo social.

1.1. La educación en la universidad

¿Pero, qué tiene que ver todo esto con la universidad? *Universidad y educación* son dos términos que se entrecruzan de manera indisoluble. Intentar separarlos sería un atentado contra su pro-

pia naturaleza. No podemos entender a la universidad al margen de su misión fundamental: educar al hombre. Y, educar al hombre significa ofrecerle todas las posibilidades para la realización de su ser (educación integral).

La educación, como formación integral, tiene que ver con el aspecto intelectual, el carácter moral, la integración emotiva, la salud mental y corporal, et cetera, todo ello bajo la guía de una institución verdaderamente educativa. Si el fin es el hombre, entonces la universidad ha de ser imprescindible universidad antropocéntrica (no científica ni tecnológica, sin que por ello estos aspectos se excluyan, pero sí pasen a segundo término).

Pensar en el ser de la universidad no implica un reto sólo para la razón o para la ciencia, sino principalmente para la vida y, primordialmente, para la vida de quienes han dejado en ella la huella de su ser. ¡Qué pérdida del ser para aquel que no tiene sentido este quehacer o se lo da superficialmente! El maestro español Francisco Giner concibe la universidad como un *microcosmos* en donde se reúnen la enseñanza, la investigación, la preparación para las diversas profesiones sociales y la preparación para la vida en toda su complejidad y riqueza. Me parece que, bajo la idea de educación que presento, los términos deben invertirse. Es decir, primero educar para la vida y, en segundo término, atender la profesión, la enseñanza, la investigación.

El poseer una idea clara sobre el ser y función de la universidad permite orientar nuestras inquietudes, tareas y actividades hacia su realización y cumplimiento. De este modo se abre un campo vasto de pensamientos y de acciones encaminados a tal efecto. Pensar en el fin nos exige también saber elegir los medios. No confundamos a la universidad con el estado, la familia, la iglesia o un sindicato. Ella tiene su

identidad propia que le caracteriza; a ella le compete la formación de los jóvenes universitarios de hoy para que lleguen a ser, como dice Antonio Caso (*Cfr.* Caso, 1971), “ciudadanos capaces, seres dignos de merecer el nombre de hombres”.

La universidad no debe convertir al estudiante en mero receptáculo de conocimientos. No es una institución donde sólo se impartan carreras profesionales y técnicas; no es un tecnológico. Cuando la universidad se ha convertido en fuente de especialistas (en el mejor de los casos) ha traicionado su naturaleza. Si a través de la historia ha desviado su camino, es hora de reorientarlo. En la universidad se busca la verdad con espíritu profundamente humanista; en ella la pluralidad del pensamiento se encamina hacia la verdad. Educar en la verdad y en la libertad es lo único que hace posible la transformación de la sociedad y su evolución hacia un estadio más perfecto.

La transformación de la educación, en muchos de los casos, se ha limitado a atribuirle calificativos de ‘buena’, ‘eficiente’, ‘adecuada’, sin darse a la tarea de un análisis riguroso acerca del *arte* de educar, porque precisamente eso es educar, como ya lo hemos dicho. En estos términos la educación es un concepto integral que busca conjugar en el ser humano todos los elementos que conforman el ambiente natural, biológico, psíquico, moral, espiritual, sin restricciones ni exclusiones.

Dentro de la perspectiva de una nueva educación, Fichte (*Cfr.* Fichte, 1994) agregaba como característica de la misma el *deleite por aprender*. Por aprender debemos entender no un cúmulo de conocimientos y de datos proporcionados mediante la enseñanza, sino, fundamentalmente, despertar la capacidad creadora que todo individuo lleva consigo. Aprender es disfrutar de este gusto natural por aprender. Es abrir el horizonte para no aniquilar este

impulso vital originario que hace que el hombre disfrute lo que hace. Al respecto, Aristóteles ya había dicho que todo hombre por naturaleza desea el saber (*cf.* Aristóteles, *Metafísica*). Considero que este saber, al que se refiere Aristóteles, en tanto impulso vital, es insustituible. Atentar contra él significa atentar contra la vida. No se puede por lo tanto restringir al aspecto puramente intelectual o gnoseológico, porque es un constitutivo fundamental de la vida humana.

Si este impulso natural hacia la crea-

El humanismo es un *modo de ser humano*, no una propiedad o cualidad adquirida ocasionalmente.

tividad es cultivado, indudablemente que el hombre explorará caminos que le induzcan a su satisfacción plena. A esto Fichte lo denominaba impulso creador, espontáneo e inagotable.

La parte principal del arte de educar consiste ante todo en estimular esta capacidad propia del educando en cualquier aspecto que nosotros conozcamos. Una vez que esto se consigue, todo depende de mantenerla estimulada y viva, cosa que sólo es posible por medio de avances regulados en que se descubren inmediatamente los errores que ha cometido la educación al fracasar en lo que se había propuesto (Fichte, 1994:36).

Entendamos que el conocimiento no es el fin de la educación, sino a la inversa, éste se integra dentro de ella. En este sentido el conocimiento no es más que un medio para alcanzar el fin propuesto que es la formación del hombre (educación). Los conocimientos, ge-

neralmente, han sido reducidos a un ejercicio memorístico-mecánico y, como tales, han mermado su importancia. Los conocimientos deben ir acompañados de la actitud reflexiva y analítica por la cual se posibilita su asimilación y traducción en la vida.

Utilizar la memoria sin más y sin que sirva a otra finalidad espiritual, es más un sufrimiento que una actividad del espíritu, y se explica que el educando acepte ese sufrimiento con la mayor desgana (*ibid.*: 39),

decía el mismo Fichte. Por tal razón el conocimiento pierde su naturaleza de verdadero conocimiento.

2. ¿Por qué y para qué el humanismo?

No obstante la resistencia que existe, por parte de una fracción de intelectuales, al pensar en el humanismo y en la situación crítica y deteriorada en la que se encuentra el hombre actualmente, tal y como la ha descrito magistralmente Eduardo Nicol (*Cf.* Nicol, 1990) en su conferencia *Humanismo y ética*, el autor intenta ponernos de frente a dicha situación. Considera que el recurso a los orígenes tiene una intencionalidad vital, de no ser así esta indagación carecería de sentido. Enrique Hülsz Piccone nos comenta al respecto:

La preocupación por un saber de los orígenes no es meramente teórica, sino que tiene motivo y justificación vitales: sólo si sabemos lo que fue el humanismo en el principio y en su apogeo podremos disponer de un criterio firme para detectar los síntomas y la gravedad de la crisis que hoy vivimos. Si ignoramos en qué consiste la naturaleza definitoria de lo que está en crisis, mal podríamos esperar que la situación sea superada (Bonifaz, 1987: 221).

Pensando el humanismo en su naturaleza misma, como *forma de ser*, nos percatamos de que cualquier atentado en su contra no afecta situaciones accidentales, sino que atenta contra el mismo *ser del hombre*. De ahí que “el riesgo mortal concierne al hombre mismo”, pues es el único que puede atentar contra su propio ser. Los fenómenos naturales simplemente acaecen; sin embargo, el acaecer mismo de los fenómenos no nos exime de reflexionar en qué medida el mismo hombre es responsable de que así acaezcan.

¿No parece paradójico que el tema del humanismo sea considerado como *inactual* (carente de importancia) y a la vez sea un tema muy *gastado* o recurrente en una diversidad de discursos? Inactual porque el hombre preocupado y ocupado en otras cosas ajenas a su vida, que por el momento considera importantes, ha relegado el pensar sobre sí mismo, como cosa del pasado. Gastado porque es un término usado frecuentemente en todos los discursos educativos, políticos, culturales, de la vida cotidiana, etcétera. Ello debido a que una gran mayoría, de una u otra forma, se ha referido o ha leído acerca del humanismo, aunque casi siempre de manera superficial.

El humanismo es un *modo de ser humano*, no una propiedad o cualidad adquirida ocasionalmente. La conjunción entre lo humano y el humanismo nos parece asunto inopinado. Su reacción denota el estado de crisis en que se encuentra el hombre; más aún, es la razón de esta crisis. Por ello decimos que se es o no se es hombre y, en los mismos términos, sostenemos que se es o no se es humanista. Eduardo Nicol, en el artículo mencionado, dice que estos términos son de suyo enojosos, por lo que es necesario tratarlos con finura intelectual. Pero, el que sean enojosos o incómodos no nos disculpa al dejarlos en el olvido. Al respecto señala:



Desde antiguo, sabemos que es peligroso decir las verdades cuando los errores ajenos no son meras opiniones, sino formas de vida. Pero no hay evasiva: esos términos vitales requieren también una gran capacidad de indignación. Sería una afectación poco humanista discurrir sobre el ocaso del humanismo y de la ética con placidez, con la indulgencia del sabio que contempla benévola los desatinos de los hombres. Si somos impotentes para impedir o remediar tales desatinos, lo menos que podemos hacer es indignarnos. El que se indigna no es arrogante; el espectador es un traidor (*ibid.*: 206).

El humanismo aquí referido es más que la simple recuperación del conocimiento de las ciencias y artes clásicas grecolatinas (de las que se ocupan las ciencias sociales y humanidades); es más que una simple actitud humanitaria (de compasión, simpatía, perdón o aceptación que todos hemos tenido en algún momento de nuestra vida). Esto más es lo que precisamente lo hace diferente, y lo que nos obliga a tratarlo como tal. Esto más es lo que lo hace inconfundible históricamente, lo que lo marca como una forma de vida. Esto más es lo que hace al humanismo una cuestión vocacional que busca conocer el por qué y para qué de sí mismo y de todo saber, que va más allá de todo conocimiento teórico. El humanismo es un modo de ser, que requiere saber; pero de ese saber propio del espíritu de fineza. Afirma Nicol: "Saber que el hombre es el único ser enemigo de sí mismo, ya es ingresar en la comunidad del humanismo" (*ibid.*: 208). Palabras que requieren necesariamente atención.

La pérdida acerca del sentido de nuestro ser humano nos está conduciendo al ocaso del humanismo, con lo que se ratifica que el porvenir del humanismo es incierto. En este sentido, Eduardo Nicol habla de la existencia

de un solo humanismo. Si hay otros, pide disculpas por su ignorancia. Debido a lo cual es necesario regresar al origen del humanismo. Agrega:

Estamos los humanos dejando de ser lo que fuimos: un género de ser que, en cuanto a la *humanitas*, fue durante tantos siglos *aliquid quo nihil majus cogitari possit*, como decía el filósofo (citada en Bonifaz, *op. cit.*).

¿Qué es lo que, paradójicamente, le acontece al hombre que se está olvidando o desinteresándose de su ser, cuando lo que hace, aparentemente, es a favor de su propio ser? Y es que, precisamente, un componente primario del humanismo es la autoconciencia. Con ella el hombre recupera valores como la justicia, la belleza, la bondad, etcétera. La autoconciencia es la medida que marca los límites del ser humano. No le permite que se auto-divinice, pero tampoco que se animalice. Sin embargo, su ideal de realización puede ser entendido con el término griego *παναρριστος*, el mejor en todo. Cier-

está en sus manos. Juliana González dice al respecto:

El humanista sabe que el hombre no tiene un sitio fijo, como dice Picco della Mirandola; que en él mismo está la posibilidad de ascender a lo más alto o de degenerar a lo más bajo. En esto cifra 'la dignidad humana' (*Cf.* Bonifaz, 1987: 216).

Asumido el humanismo en estos términos se abre la posibilidad o imposibilidad de su universalidad. No hay cabida para el destino o el azar. La elección, la decisión, el compromiso son la ruta que fraguan el 'destino' del hombre.

La inconformidad e indignación ante el actual estado solicitan reconquistar el respeto por el hombre. Ante la preponderancia de las cuestiones técnicas y económicas, la negación de la libertad y creatividad, no cabe otra actitud que la indignación. El humanismo que nació con la literatura y que se consolidó con la filosofía no puede eludir tal situación. Por eso para Nicol

Lo que el humanismo pretende es que el hombre adquiera una visión más completa de sí mismo y de su mundo, para que como tal se reconozca y se proyecte en él.

tamente desde la tradición griega (Hesíodo) el bien fue el constitutivo intrínseco del humanismo. Es decir, la postulación de lo intrínsecamente bueno se constituía en la medida universal del valor de los actos humanos.

Ser testigos de la pérdida del ser, de la injusticia, del abandono de la reflexión, de la inautenticidad, de la inhumanidad y de la lucha por el poder, nos convencer de la crisis del humanismo. Mediante un vuelco a esta situación el hombre tiene que ganar su propio ser. Eso que llamamos *humanitas*

el humanismo cobra toda su importancia en el *acto mismo de filosofar*. Lizbeth Sagols S., comentando el texto de Nicol, dice que:

[...] el filosofar de Nicol sobre el humanismo se centra en el poder de la palabra, y en la capacidad activa, problemática y dubitativa del hombre, que lo lleva a conocerse a sí mismo (*Cf.* Bonifaz, 1987: 230).

Con lo cual se cumple el objetivo de la filosofía: hacer un ejercicio reflexi-

vo riguroso que lo conduzca a la superación de su ser. Al final de cuentas lo que el humanismo pretende es que el hombre adquiera una visión más completa de sí mismo y de su mundo, para que como tal se reconozca y se proyecte en él.

No se puede ser humanista e 'inhumano'. El humanitarismo es parte del humanismo. Si al hombre le interesa su ser y todo saber, entonces nada le es extraño. Sólo que este saber no está signado por la curiosidad, sino por la universalidad del amor. Para entender esto Nicol lo ejemplifica de la siguiente manera:

Amar todo lo amable es *ser* amable, y en esta amabilidad vocacional consiste el humanitarismo. En suma: el humanista es hombre de cualidad. Nace y se hace: en su vida se conjugan natura y cultura (*ibid.*: 209).

Aspectos que marcan el carácter dinámico de la conformación humanista. Cuando se dice que se es humanista de ninguna manera asumimos una posición estática o acabada de la naturaleza humana. El hombre construye su ser con su hacer. De ahí la necesidad de vigilar el hacer, de modo que contribuya a la conformación, manifestación y desarrollo de su ser.

Hablando de la crisis del humanismo Emmanuel Levinas, en su obra *Humanismo del otro hombre*, dice:

La crisis del humanismo en nuestra época tiene, sin duda, su origen en la ineficacia humana que acusan la abundancia de nuestros medios de actuar y la extensión de nuestras ambiciones (Levinas, 1993: 84).

Tal situación nos revela que la acción humana ha quedado a la deriva, sin orientación y rumbo fijos. El hombre se ha convertido en rehén de sus

propias acciones y su lugar se ha reducido a nivel de medio, perdiendo de este modo el dominio sobre sí mismo y su hacer. Por ello reitera Levinas: "La ineficacia de la acción humana enseña la precariedad del concepto: hombre" (*ibid.*: 93).

María Zambrano, después de hacer una severa crítica al hombre europeo, dice que éste tiene la posibilidad de recuperar su ser con el retorno a la conciencia de sí mismo. Se trata de la *conformación* del hombre interior. Asevera:

Este hombre nuevo es el hombre interior: 'Vuelve en ti mismo; en el interior del hombre habita la verdad'. El hombre europeo ha nacido con estas palabras. La verdad está en su interior; se da cuenta por primera vez de su interioridad y por eso puede reposar en ella; por eso es independiente, y algo más que independiente, libre (Zambrano, 2000: 76).

El sentido y la fuerza que Zambrano le asigna a la interioridad es tal que "... ser hombre, dice, es poseer esta interioridad que lo trasciende todo, esta interioridad inabarcable" (*ibid.*). Sin este retorno a la mismidad el hombre ya no distingue entre aquel que quiere ser y aquel de quien huye. A causa de esta confusión sobre su ser, el hombre ha perdido el camino. Ha concedido más importancia a sus sueños que a la misma realidad. Sus empeños concebidos como logros no son más que el incremento de sus fracasos. "Y la mayor gloria, dice Zambrano, es que así sea" (*ibid.*: 82).

Sabemos, también, del interés que manifiesta Fromm por el hombre, individual y socialmente, de sus limitaciones y virtualidades, de sus enajenaciones y de sus esperanzas, de sus luchas por la libertad. Frente a tales situaciones, dice que al hombre sólo le queda una alternativa: "la barbarie o un nuevo renacimiento del humanismo" (Fromm, 1998:

33). A esta constante recurrencia al humanismo en toda su obra, me parece, no puede aplicársele un simple calificativo, sino que amerita se le reconozca como fruto de su arraigada fe en el hombre. Mientras el hombre tenga posibilidades de pensar en sí mismo y sobre su entorno se abren expectativas de realización. Pero, si renuncia a ello quedará atrapado en la barbarie, en el mejor de los casos.

Este darse cuenta es comparable al que ocurre en una terapia individual: tenemos que empezar por hacernos conscientes de quiénes somos, qué es lo que nos empuja y a dónde vamos. Únicamente haciéndonos conscientes de ello, podremos tomar una decisión de a dónde queremos ir. Creo que es posible un renacimiento humanista porque se cumplen todas las condiciones (*ibid.*: 34).

Este proyecto humanista tiene como objetivo lograr que el hombre retome las riendas de su vida y construya así su propio destino. Sin olvidar que este destino es común, no individual. La alternativa, pues, que tiene actualmente el hombre, según Fromm, es

[...] que el hombre está obligado hoy a escoger una renovación del humanismo, la de tomar *en serio* el fundamento espiritual de nuestra cultura occidental, que es un fundamento humanista, o de lo contrario no tendrá futuro en absoluto (*ibid.*: 88).

Aprovecho este espacio para parangonar el concepto de libertad expuesto por Habermas con el de humanismo al que me refiero en este texto. Ni la libertad ni el humanismo pueden entenderse de manera individualista. Dice Habermas (*Cfr.* Habermas y Rawls, 1998) que la libertad no puede ser entendida, simplemente, de manera negativa, como la ausencia de coac-

ción, es decir, como el ejercicio del libre albedrío de forma aislada o individual. Sino que la libertad, ahora, debe entenderse, desde la convicción de que nadie es libre mientras no todos lo sean. La libertad adquiere así una dimensión social, de responsabilidad común. En este mismo sentido, pienso, debe entenderse el humanismo, ya no referido exclusivamente a la promoción o superación personal (individual), sino social. Ni siquiera en relación con un grupo, sino en relación a la sociedad en general.

Ante el panorama desalentador, de crisis, presentado por Nicol, parece que no hay ninguna salida; sin embargo, deseo cerrar este discurso con dos de sus frases que vienen a tonificar la situación actual del hombre: "... hay vida mientras alguien sepa vivir cambiándola" y "... lo que hemos hecho carece de sentido si no se entiende que el anuncio del fin incluye el ansia de ser desmentido" (Bonifaz, 1987: 115, 117).

La recuperación del humanismo exige empeño y decisión. No se logra por absoluta gratuidad ni se reduce a utopía hueca. Sus raíces emergen de la fe y la esperanza en el hombre mismo. Virtudes que van más allá de la mera certidumbre racional. Creer y esperar en el hombre son actos humanistas. A este respecto apunta Juliana González: "El humanismo es el reencuentro del hombre con lo humano: con la virtud o *areté* del hombre: su potencia y su excelencia, su poder y su plenitud" (en Bonifaz, 1987: 215).

Pero, como el motivo de este ensayo es reflexionar también sobre la formación humanista en la universidad, me siento comprometido a decir algo sobre el humanismo como un valor básico que guíe la actividad universitaria y que, por lo tanto, debe promoverse al interior de la misma universidad. Sin embargo, antes de pasar a abordar este tema directamente deseo establecer que

si en las universidades en vez de enseñar a recuperar el ser, se provee a los jóvenes de meros recursos pragmáticos, entonces ¿cómo enfrentar la crisis del humanismo que también se hace presente y latente en las aulas universitarias? ¿Cómo excluir del proceso educativo la formación integral del ser humano, que es la meta de la formación humanista? ¿Será suficiente que la universidad cumpla con su tarea de preparar buenos profesionales en el campo de su disciplina, o será necesario que se ocupe de fomentar los valores que la identifiquen como universidad humanista? Considero que éstas, entre otras, son cuestiones que deben ser pensadas en el interior de la universidad. Que, en tanto institución educadora, no puede excluir de su misión.

2.1. Humanismo y universidad

¿Qué decir ahora del humanismo y de la formación humanista en el interior de la universidad?

Según Fernando Savater (1990), el proyecto humanista asume una doble perspectiva: en el plano individual el hombre es el sustrato de valores realizables, como la razón, la libertad, la capacidad de acción, etcétera, y en el plano institucional el objetivo lo constituye la realización del orden democrático, entendiéndolo por ello la igualdad y soberanía en lo comunitario y la plena autonomía individual. Este humanismo se encuentra íntimamente fusionado a una ética del interés humanitario que busca erradicar del hombre todo cuanto le oprime y produce infelicidad. Humanismo que se concilia con la ética eudemonista.

El hombre no puede ser feliz más que cuando asume todas sus posibilidades de hombre, es decir cuando vive en la libertad y en el bienestar (Savater, 1990: 16).

Sin embargo, este concepto de felicidad, para Savater, se circunscribe al

bienestar *hic et nunc* sin posibilidad alguna de trascendencia. Pero si queremos arribar a la idea de formación integral no podemos optar por posturas restrictivas, tenemos que abrirnos a la pluralidad de horizontes que conforman la totalidad de la vida humana, incluyendo en estos términos la dimensión de la trascendencia.

Cuando hablamos de la *formación humanista*, como tarea esencial de la universidad y exigencia de la sociedad, no podemos eximirnos de un análisis histórico-semántico de los conceptos. La búsqueda del significado originario nos abre una puerta más en nuestro camino de exploración. No pretendemos, de ninguna manera, hacer un recorrido minucioso del significado de estos conceptos o tendencias, pero sí queremos develar la conformación global de su significado. Reto que ha tenido que afrontar la universidad y la sociedad en este cometido común.

El humanismo tradicional no es suficiente, dice Basave (1971). Es necesario otro humanismo que incorpore los elementos nuevos que caracterizan a nuestra cultura. Se requiere un nuevo humanismo, un humanismo integral. Esta concepción denominada neohumanismo nos inserta dentro de una cosmovisión cambiante, de exigencias que requieren ser pensadas y transformadas, es decir, de proyecciones que adquieran un nuevo sentido y significación humanas. Basave menciona:

Hoy pedimos una educación del hombre como hombre. Necesitamos saber qué somos, qué hacemos y por qué lo hacemos. Necesitamos una cosmovisión humanista que nos proporcione los principios de acción y de responsabilidad en un mundo natural y social que evoluciona. La ciencia nueva ha cambiado la imagen del cosmos y ha transformado la faz del mundo (*ibid.*: 453-454).

Esta tarea neohumanista de la universidad tiene que ver fundamentalmente con el *compromiso de educación* que no puede reducirse a la transmisión de saberes, ni a la preparación del profesional, ni siquiera a la formación de una conciencia crítica; todo ello es necesario, pero se requiere algo más: educar para aprender a vivir en el mundo y con el otro, a sabiendas de que el otro es una persona a la vez igual y diferente que yo, ambos orientados hacia la misma finalidad: la conformación del ser humano y el bien social.

Estamos en el momento oportuno para pensar de nuevo a la universidad. Comprenderla e interpretarla, desde nuestro propio horizonte, es nuestra tarea insustituible. La distorsión, el estatismo, la falta de iniciativa y de creatividad revelan el espíritu de una humanidad decadente. La apatía y pereza mental son una expresión de su mediocridad y conformismo. Es en estos términos que Alfredo Gutiérrez Gómez (1993), asume una actitud verdaderamente crítica y radical de la realidad universitaria y social, y nos la expone de manera irónica en su siguiente pensamiento:

Por eso es que a muchos les es posible y fácil pensar, por ejemplo, que el *Humanismo Integral*, caro ideal de otras épocas en esta universidad, está ya equivaliendo al objetivo en desuso de la justicia social de la Revolución Mexicana. Les suena, en primer lugar, a 'ismo', a un ismo de ésos que ya quedamos que pertenecen al pasado, que aluden a algo así como a un sentido comúnmente asumido, como a tendencia compartida, como a propósito gregario que forma una acción constantemente sostenida en una dirección; suena a corriente, a programa de grupos, a voluntad colectiva, a esas visiones totalizadoras que, por dignas y nobles que se presentaran, suenan ya a algo inocul-tablemente

ideológico a nuestras sensibles orejas científicas (*ibid.*: 27).

El ser de la universidad se encuentra estrechamente vinculado con el ser del hombre, con su formación integral, con su vida y su función en la sociedad. En este sentido, reitero, la universidad es esencialmente antropocéntrica. Es decir, humanista. Humanismo que nos lleva a pensar al hombre y promoverlo íntegramente en su ser físico, psíquico, intelectual, moral, afectivo, al hombre como totalidad. Este es el humanismo constitutivo y consustancial a la universidad. No se trata del humanismo que se identifica con la enseñanza de las humanidades, sino del humanismo como forma de ser. En esta línea es la universidad humanista y promotora de los valores humanos.

El texto siguiente de Agustín Basave nos brinda la ocasión para pensar la idea fundamental del nuevo humanismo que se identifica con la formación integral del hombre. Concepto que es necesario reflexionar y desmenuzar con el objeto de ofrecer una comprensión mayor de lo que con ello se significa. A él se unen íntimamente el conocimiento del hombre mismo, de sus valores y su realización.

[...] el humanismo es consustancial a la Universidad. Si en la Universidad tendemos a conocer objetivamente al hombre en su integridad, las humanidades resultan imprescindibles e inaplazables. Al hablar de humanismo implicamos, naturalmente, la búsqueda, el establecimiento y exaltación de los más altos valores de la cultura [...] Para nosotros humanismo significa configuración axiológica del ser humano (Basave, 1971: 15).

Sin embargo, en diversas circunstancias encontramos que se conceptualiza a la universidad, sólo o principal-

mente, como una institución que ofrece la posibilidad de realizar una vocación profesional. El estudiante opta por una carrera sobre la base de ciertas aptitudes o habilidades que le caracterizan para ejercer dicha profesión. La vocación universitaria es algo muy distinto. Es una vocación humana. Es decir, es una opción responsable en la construcción de auténticos seres humanos, en la que se contempla también la formación profesional. Es un peligro para la universidad, como institución educativa, reducir su actividad a la capacitación para el ejercicio de una profesión. Jesús Luis Cunchillos (1990), resalta el carácter humano-social del universitario.

El investigador de humanidades o humanista vive hoy un reto que le es propio. En el mundo científico-tecnológico, crematístico y consumista en que vivimos, el humanista tiene que hacer oír su voz para introducir el factor humano en la visión que la sociedad tiene de sí misma y del hombre (*ibid.*: 109).

No es el tipo de ciencia o disciplinas, que se imparten en la universidad, lo que determina el humanismo; se pueden estudiar ciencias naturales o positivas y ser un verdadero humanista; por el contrario, el hombre puede dedicarse al estudio de las ciencias sociales y humanas y ser un 'técnico de las humanidades'. La formación humanista hacia la que debe orientarse la universidad trasciende este objetivo disciplinario. Ella contempla la formación del ser del hombre. Su impacto en la vida social, laboral, política, moral, dependerá de la atención y consolidación que brinde a todos estos aspectos durante el proceso de formación.

Sobre esta misma línea de pensamiento dice Eusebio Castro:



Nuestra Universidad debe ser eminentemente humanista y, en consecuencia, eminentemente política. Humanista porque trata de formar hombres de manera íntegra; trata de conocer al cosmos y al microcosmos en un afán de someter al segundo el primero, a los fines y valores supremos del hombre; trata de elevar, de humanizar gradualmente y en mayor extensión, a los miembros de la comunidad. Por lo mismo es eminentemente política, en el sentido griego de hacerse reflejo y comunión de la comunidad con la nación a que pertenece [...].

Trunca quedará su misión si de nuestra Universidad salen especialistas deshumanizados y dogmáticos, miopemente dogmáticos en cuanto a actitudes y conductas ajenas, diferentes, a saberes de otros campos de la realidad, en cuanto a la vida y a la comprensión integral humana (Castro, 1962: 265).

Este nuevo humanismo, característico del siglo XX, debe recuperar los elementos culturales valiosos que se integren o tengan cabida en todas las facultades y profesiones de la universidad. Es un humanismo que precede y fundamenta el quehacer científico y técnico de la universidad. El hombre está por encima de toda especialización. Si uno de los objetivos sustanciales de la universidad es resguardar, promover y ejercer el humanismo, como formación integral, entonces su función trasciende la formación profesional y adquiere una dimensión de servicio social.

Frente a una formación orientada principalmente al éxito profesional y la prosperidad del estado, alzó su voz Guillermo de Humboldt en favor de una formación humana, al margen de un fin pragmático. Este humanismo de Humboldt se caracteriza por la radical separación entre el carácter utilitarista de la ciencia y la formación integral del hombre.

Para las instituciones educativas, como es el caso de la universidad, un aspecto indispensable en su proceso de humanización lo constituye la búsqueda del conocimiento caracterizado por la verdad y el bien. Ello supone indudablemente la conformación de un pensamiento reflexivo y crítico. No se trata de cualquier tipo de conocimiento, sino de aquel que nos encamine a la verdad y, consecuentemente, a la consecución del bien. Araceli Delgado dice al respecto:

La 'actitud' de pensamiento crítico que caracteriza al humanismo alude a un compromiso con ciertas ideas y, por lo tanto, a una postura valoral con efectos prácticos, pues lleva en sí la posibilidad de una opción comprometida ante la realidad (Delgado, 1995: 15).

Cuando hablamos de formación valoral no pretendemos con ello inculcar una serie de valores que se constituyan en patrones de conducta para la vida, sino en el hábito de reflexión y pensamiento crítico, previo a todo accionar. Con lo cual el hombre asume consciente, libre y responsablemente cada una de sus decisiones.

Es muy claro que en los discursos educativos de algunas instituciones se mencione e insista en que el fin de la educación es la formación integral de la persona. Aspecto sobre el que, más o menos todos, nos hemos formado una idea. Lo cual de ninguna manera nos exime de pensar e investigar acerca de lo que verdaderamente es la formación integral. Generalmente cuando nos referimos a este concepto pensamos en el aspecto intelectual, físico, mental, emocional, social, laboral, valoral (libertad, capacidad de amar, responsabilidad, solidaridad, creatividad, etcétera), cosa que hace más compleja, de lo que parece, dicha conceptualización. Tales aspectos han de ser considerados como capacidades que

deben ser atendidas para su pleno desarrollo (individual y socialmente).

En este sentido tenemos que analizar de qué manera dichas instituciones educativas, en este caso particular la universidad, contribuyen en este proceso de *formación*. Es decir, la tarea educativa de la universidad no se agota en la búsqueda y conformación de la *calidad académica*, ésta es sólo un aspecto de su amplia y compleja labor. Considero que ella debe repensar en qué medida su contribución capacita a cada una de las personas que la integran para responder a los retos que debe afrontar todo ser humano personal y socialmente.

Cuando digo que una de las tareas sustantivas de la universidad es la formación humanista es porque el retorno a su fuente originaria me conecta con la universidad humanista, carácter al que no puede renunciar sin traicionar sus ideales. A este respecto Agustín Basave señala:

Un humanismo que trae sobre sus espaldas más de mil años de historia. Un humanismo que la universidad trae en sus entrañas. Un humanismo que la dignifica y la justifica. Universidad que pretenda desentenderse del humanismo es Universidad que aspira a su aniquilación o suicidio como Universidad (Basave, *op. cit.*: 473).

Pero, tal humanismo no puede convertirse en un slogan, sino debe orientarse a la formación del hombre íntegro y cabal. Entiendo, en estos términos, que la universidad es una comunidad académica que encamina al hombre a pensar y vivir libre, responsable y auténticamente.

Me parece que el criterio fundamental que debe sostener el edificio de la formación integral está en la persona. El concepto de persona nos conduce necesariamente al reconocimiento y respeto del otro como un ser humano

único e insustituible. Por ello la formación integral debe estar orientada a la formación de la persona. Y, la persona no se entiende sino individual y socialmente. Un teórico que respalda esta consideración es Jacques Maritain para quien el hombre-persona es fin en sí mismo, jamás medio.

Una persona es un centro de libertad puesto frente a las cosas, al universo, al mismo Dios; dialoga con otra persona, comunica con ella entendiendo y amando. La noción de personalidad, por muy compleja que sea, es ante todo de orden ontológico. Es una perfección metafísica y sustancial que, en el orden operativo, se abre y se desenvuelve en valores psicológicos y morales (citado por Calo y Barcala, 1987: 72-73).

Es de resaltar que la noción de persona, a la que Maritain se refiere, no se agota en el campo de lo histórico-temporal, sino se abre a la dimensión de la trascendencia.

Otra idea circulante en nuestro mundo contemporáneo y que tampoco es ajena a la vida de la universidad es hacer identificable el humanismo con los derechos humanos. Con lo cual se logran dos objetivos muy concretos: *a)* el reconocimiento universal de los derechos humanos y *b)* con la defensa de los valores universales se da cabida al ideal del humanismo que reúne a la diversidad de culturas particulares. De no proceder por este camino difícilmente puede el humanismo proponer valores que dentro de una cultura tengan el reconocimiento universal, es decir, se logre la aceptación de valores ajenos a otra cultura.

Al margen de la polémica que se ha suscitado hoy en día sobre si la naturaleza humana puede ser considerada o no fundamento de los derechos humanos, quiero referirme a una frase del texto de *Antígona* de Sófocles donde al

La universidad tiene conciencia de su labor humanista; sin embargo, el problema se le presenta cuando quiere precisar cómo llevarlo a la vida práctica.

hablar de las leyes naturales (derecho natural) fundadas en la naturaleza del hombre dice: “Que ellas no ahora ni ayer, sino siempre viven, y nadie sabe cuándo surgieron.”

3. Humanismo: posibilidad o imposibilidad de aplicación

Indudablemente que la posibilidad de una educación humanista al interior de la universidad depende de la convicción y la práctica de todos y cada uno de los miembros que la integran: profesores, estudiantes, investigadores y personal administrativo. No es suficiente que tal orientación aparezca como proyecto en los planes de desarrollo o como ideario de las instituciones, es necesaria su ejecución.

La universidad tiene conciencia de su labor humanista; sin embargo, el problema se le presenta cuando quiere precisar cómo llevarlo a la vida práctica. Considero que uno de los puntos de partida para su aplicación es tener una idea clara de lo que es el humanismo en las circunstancias presentes, más allá del humanismo tradicional. Es decir, es necesario incorporar los elementos que caracterizan a nuestra cultura.

[...] Nada se puede hacer sin profesores formados en el humanismo integral y sin métodos idóneos. Gustavo Thibon ha observado que la curación de la humanidad requiere una ciencia total de la

humanidad y un amor total a la humanidad. Estudio del humanismo integral, estudio de la naturaleza, atención al trabajo y a la producción industrial. Todo ello nos llevará a un nuevo humanismo. Humanismo que no ignora la técnica, pero que está más allá de la técnica. A la Universidad le corresponde en este humanismo, un puesto de vanguardia (Basave, *op. cit.*: 15).

Consideramos que la universidad posibilita la formación humanista mediante un proceso dialogal y participativo. La educación dialógica confiere a los dialogantes apertura para compartir sus puntos de vista y aceptar los del otro, en una constante búsqueda de la verdad. La responsabilidad compartida de la comunidad universitaria, la apertura de espacios de reflexión común, la revisión de ilusiones, posibilidades y realizaciones, propician un campo favorable donde pueden generar verdaderas vocaciones humanistas.

Uno de los aspectos inmediatos y urgentes de atender es la transformación de la docencia. Ella debe orientarse a la formación de profesores y estudiantes reflexivos, analíticos y críticos que busquen y promuevan el conocimiento de la verdad. El punto de partida es fundamental: ser profesor o docente exige una auténtica vocación. No se puede ser docente porque sí y sin más. La idea generalizada de la docencia como transmisión de conocimiento es inapropiada. Docencia viene del latín *docere* que significa enseñar o dar a conocer una cosa, pero también educar, formar; por eso la docencia ha de ser vista como un proceso de educación y formación común, es decir, del profesor y del estudiante. Enseñar es aprender. Aprende quien enseña y enseña quien aprende. A este propósito Paulo Freire dice:

Es imposible enseñar sin ese coraje de querer bien, sin la valentía de los que



insisten mil veces antes de desistir. Es imposible enseñar sin la capacidad forjada, inventada, bien cuidada de amar (Freire, 1994: 8).

Un segundo momento, no menos importante, de la docencia es aprender a pensar y enseñar (dejar) a pensar. Con ello queremos decir que tanto el pensamiento de profesor como el del alumno ha de ser cuestionante, argumentativo, fundamentado y original. Pero, el pensar no se agota en el pensar. De él hay que pasar al ser. Se piensa para ser, y para ser tal como se quiere ser. De esta manera enlazamos docencia, pensamiento, educación y vida. Se enseña, se aprende, se piensa, para ser en la vida como se decide ser.

El buen docente debe propiciar y fomentar el ambiente para que se generen ideas novedosas. La creatividad es el acento personal que caracteriza toda expresión y se opone a la repetición. El esfuerzo de pensar por cuenta propia es el inicio de la creatividad. Ella es un rechazo y *mentis* contra la estaticidad y la seguridad del conocimiento respaldado por los manuales de enseñanza.

Es sorprendente, para un profesor percatarse que los alumnos son capaces de dar mejores soluciones creativas que él mismo ante un problema, cuando se les da la oportunidad y se estimula un pensamiento diferente de la fórmula respectiva (Rugaría, 1994: 15).

La buena docencia está condicionada por la creatividad. El estudiante universitario ha de ser también un auténtico productor de conocimientos, mientras él no tome conciencia y participe activamente en esta transformación, las cosas permanecerán estáticas o su cambio será demasiado lento. Él seguirá siendo un receptor pasivo de conocimientos. La forma nue-

va de entender la docencia nos exige una necesaria interrelación dialogal entre maestro y alumno. De esta forma ambos construyen y transforman su visión del mundo. De esta forma ambos contribuyen a la transformación de la docencia.

Conclusiones

Estas consideraciones conclusivas tienen como objetivo someter a revisión (análisis crítico) algunos aspectos en torno a la función educadora y humanista de la universidad y, en general, de toda educación superior.

a) La transmisión y adquisición de conocimientos no deben ser programados como el fin principal de la educación. El aprendizaje y la asimilación de conocimientos han de estar orientados a la *formación integral* de la vida humana. De lo contrario la universidad puede convertirse en un espacio frío, calculador y transmisor de conocimientos. Su misión fundamental es distinta, como ya lo hemos dicho.

b) Sabemos de la necesidad de las propuestas teóricas. En este caso, nos hemos abocado a los conceptos: *educar*, *humanismo* y *universidad*. Pero, para llevar estas propuestas teóricas a una aplicación práctica debemos tomar en cuenta el caso particular de cada universidad, para que a partir del análisis de su situación concreta se conformen las propuestas adecuadas hacia la orientación que se persigue.

Ante tales consideraciones, si pretendemos ser honestos y acordes con el procedimiento de la reflexión y de la práctica, deberíamos empezar por preguntarnos ¿cómo es o está actualmente nuestra universidad? ¿Qué hemos hecho de ella? Algunos de los compromisos que podríamos asumir a corto plazo, no porque se puedan realizar en un tiempo relativamente breve sino porque es urgente iniciar ya, son:

- la necesidad de una formación humanista en todos los campos y disciplinas universitarias;
- la necesidad de una formación humanista en el cuerpo docente;
- la necesidad de reflexionar sobre los problemas prácticos de cada una de nuestras universidades e instrumentar estrategias que nos permitan arribar a los objetivos planeados.

Porque, de no atender estas cuestiones inmediatas, entonces nuestras instituciones pareciera que se ocupan de otros aspectos que no son precisamente los más urgentes e importantes. Así por ejemplo, si ponemos los pies sobre la tierra y nos preguntamos ¿cuáles son los objetivos que persigue la universidad para con sus estudiantes? podemos decir que para los afortunados, es decir, para aquellos que lograron llegar al final de la carrera y presentar su examen profesional, la extensión de un título; no así para aquellos que se quedaron en el camino. En cambio el objetivo (ideal) de la formación humana, científica, de espíritu innovador y creador está totalmente ausente. Para quienes viven de cerca en el ejercicio de la universidad esto es un hecho incuestionable. Simplemente podemos decir que así sucede. Es un hecho lamentable el que en nuestras universidades no exista vida universitaria: no haya vida intelectual, de investigación y creación bajo toda esta perspectiva. La universidad se ha convertido en un espacio a donde se va y de donde se viene; pero en su gran mayoría es un espacio vacío. Ante tal proyecto, la universidad muere porque aparenta ser lo que no es.

c) Podríamos señalar que dentro de las grandes objeciones que actualmente se le presentan a las perspectivas humanistas están el abstraccionismo, el moralismo, el agnosticismo y el irracionalismo del pensamiento moderno.

Posturas que no revelan sino el descuido del ser del hombre en su situación concreta y sus posibilidades de proyección. Posturas que han de ser tomadas como retos a superar. Así como el abstraccionismo puede conducirnos a la divagación total, el moralismo nos lleva a la imposibilidad de realización.

d) Otro de los graves peligros que enfrenta la universidad actualmente, debido a la orientación y demanda que le hace la sociedad, es el positivismo y pragmatismo utilitarista. Es decir, se le ha pretendido imponer, como necesidad prioritaria dentro de sus funciones, el satisfacer las demandas del mercado, de la producción, de la técnica; se ha olvidado que el hombre es lo primero, y que cubrir sus necesidades materiales es una consecuencia de lo primero. Ante tal situación la uni-

versidad debe recuperar su función humanista, sin menoscabo del saber científico o su aplicación tecnológica. Una posición u orientación radical, entre ciencia y humanismo, ha generado un conflicto artificial, pues, en fin de cuentas, es el hombre quien descubre, produce y desarrolla el conocimiento.

e) Finalmente, el propósito del humanismo ha de ser integrar immanencia y trascendencia. La immanencia para que fincándose en la historia, en el tiempo, en la cultura, se encarne en ella y dé respuesta a las situaciones concretas que se le presentan. La trascendencia para que profile su accionar valorativo en la búsqueda de horizontes más allá de la temporalidad. Con lo cual se ofrece la posibilidad de su apertura hacia el absoluto.

f) Si buscamos arribar a una conclusión hemos de sostener que la educación, el humanismo y la formación integral se unen de manera ineludible. Pensar la educación sin humanismo no es factible; concebir la formación integral sin educación y humanismo es imposible. Educar en esta dirección ha de ser el propósito y misión de la universidad.

Proponerse la edificación de una universidad vocacional humanista, quiere decir orientar todos los esfuerzos para estructurar una institución que busque, promueva y facilite todos los medios para despertar el espíritu universitario que se traduce en el deseo vehemente por la verdad. La universidad no tiene otro fin. Buscar la verdad favorecerá la vida humana en todas sus dimensiones.



Bibliografía

- Basave, A. (1971). *Ser y quehacer de la universidad*. UANL, México.
- Bonifaz, R. (editor) (1987). *El humanismo en México en las vísperas del siglo XXI*. Actas del Congreso celebrado del 22 al 25 de abril de 1986. UNAM, México.
- Calo, J. R. y Barcala, D. (1987). *El pensamiento de Jacques Maritain*. Cincel, Madrid.
- Caso, A. (1971). *Ensayos, doctrinas, discursos. Obras completas*. T. IV. UNAM, México.
- Castro, E. (1962.) *Ensayos histórico-filosóficos*. UNAM, México.
- Cunchillos, J. L. (1990). "Perspectiva social del investigador. Pistas para una investigación", en Cunchillos, J. L. (Coord.). *La función social de la universidad*, Jornadas "Universidad para los 90". Narcea, Madrid.
- Delgado, A. (1995). *Docencia para una educación humanista. Un modelo dialógico de enseñanza-aprendizaje*. Universidad Iberoamericana, México.
- Fichte, J. G. (1994). *Discurso a la nación alemana*. Altaya, Barcelona.
- Freire, P. (1994). *Cartas a quien pretende enseñar*. Siglo XXI, México.
- Fromm, E. (1998). *El humanismo como utopía real. La fe en el hombre* Paidós, México.
- Gutiérrez Gómez, A. (1993). *Anticonferencia. Hacia la modernización universitaria y el neoliberalismo intelectual*. Universidad Iberoamericana, México.
- Habermas, J. y J. Rawls (1998). *El debate sobre el liberalismo político*. Paidós I.C.E./U.A.B., Barcelona.
- Jaeger, W. (1987). *Paidéia: los ideales de la cultura griega*. 9ª reimpresión. Fondo de Cultura Económica, México.
- Levinas, E. (1993). *Humanismo del otro hombre* Siglo XXI, México.
- Nicol, E. (1990). *Ideas de vario linaje*. UNAM, México.
- Rugarcía Torres, A. (1994). *Hacia el mejoramiento de la educación universitaria*. Universidad Iberoamericana, México.
- Savater, F. (1990). *Humanismo impenitente* Anagrama, Barcelona.
- Zambrano, M. (2000). *La agonía de Europa*. Mínima Trotta, Madrid.

